



ESPECIAL

JULIA
JUSTISS

La Cortesana

H
Harlequin Internacional

Uno

—¡Vamos, Jack! Tú antes siempre estabas dispuesto a gastar una broma.

Jack Carrington, capitán del Primer Regimiento de Caballería, miró por encima del montón de ropa a medio colocar al joven dandy que le hablaba desde el umbral de la puerta.

—Yo también me alegro de verte, Aubrey, y aunque aprecio tu entusiasmo halagador por mi compañía, que te lleva a buscarme antes de desayunar, no me interesa ir a ninguna parte. Llegué a Londres anoche muy tarde y, como puedes ver, todavía no he terminado de instalarme. ¿No puede esperar esa excursión?

Aubrey Ludlowe cruzó la estancia, sin perder nada de su entusiasmo, y se sirvió cerveza de la jarra que había en el escritorio.

—No puede esperar. Además, ¿por qué quieres deshacer tú el equipaje? Déjaselo a tu criado.

—Envié al que me acompañaba a reunirse con mi familia en cuanto desembarcamos y todavía no he tenido tiempo de encontrarle un sustituto.

Aubrey movió la mano en el aire.

—Pues déjaselo al nuevo criado que contratarás.

Falta poco para la lección y, si no llegamos pronto, los mejores asientos estarán ya pillados.

Jack, sorprendido, terminó su cerveza de un trago.

—¿Quieres sacarme de aquí al amanecer para ver una clase? ¿Cuándo has desarrollado tanto entusiasmo por la educación? Desde luego no fue cuando estábamos en Oxford, eso seguro.

Aubrey dejó la jarra sobre la mesa con expresión dolida.

—Aquí no se trata de aprender tonterías en los libros. No, esto es más importante. De hecho, es lo más importante que hay en Londres ahora, que todavía no ha empezado la temporada. Todos los caballeros de la buena sociedad estarán presentes. Es de suponer que tiene que haber una decisión pronto y, como soy buen amigo tuyo, no quiero que te pierdas esa oportunidad.

Jack lo miró de hito en hito.

—¿Una clase es lo más importante que ocurre ahora en Londres? —preguntó, intentando entender algo. Se inclinó hacia delante para olfatear el aire—. ¿Estás borracho, Aubrey?

Su amigo soltó una risita, mucho menos ofendido al parecer por la insinuación de que pudiera estar borracho a las siete de la mañana que por la de que se hubiera aficionado al estudio.

—No, aunque no me importa empezar el día con un trago para animar el espíritu. Tampoco me importaría un buen filete, pero no tenemos tiempo. Vente con el uniforme del regimiento, puesto que ya lo llevas, pero vámonos ya. El maestro de esgrima cierra las puertas a las siete y media.

—¿Me estás metiendo prisa para ir a una lección de esgrima? —una visión repentina ocupó la cabeza

de Jack: humo, gritos, el sonido de los mosquetes y el choque de las hojas—. No, gracias —repuso con voz sombría—. Mi habilidad con la espada está bastante bien. Ruego a Dios que no tenga que volver a demostrarla nunca más.

Su amigo se puso serio.

—Amén. He oído que Waterloo fue una carnicería terrible. Pero yo propongo una lucha muy diferente... y te aseguro que querrás verla. Confía en mí. ¿Te he engañado alguna vez?

Jack recordó una larga lista de hazañas dudosas que se extendían desde la infancia a la universidad y sonrió.

—A menudo.

—Pues esta vez no —sonrió también Aubrey—. Si decides que estaba equivocado, te dejaré vengarte de cualquier modo que quieras, pero estoy seguro de que agradecerás mi insistencia en que vengas. Esto es una experiencia única. Tienes que verlo por ti mismo.

—¡Oh, muy bien! —capituló Jack, despierta ya su curiosidad. Dejó las camisas y se puso la casaca del uniforme—. En compensación por hacerme dejar esto tan desordenado, tendrás que invitarme a desayunar.

—Inmediatamente después de la esgrima —prometió su amigo—. Pero date prisa. Tengo un carruaje esperando.

Jack se abrochó la levita, con la rapidez que da la práctica, y lo siguió al pasillo.

—¿Por qué te hospedas en el Albany? —preguntó Aubrey cuando bajaban las escaleras—. Dorrie se presenta este año en sociedad, ¿no? ¿Por qué no te instalas en la mansión familiar?

—Mamá y Dorothy no vendrán a Londres hasta

dentro de un mes. Sabes que el viejo Quisford no se moverá de Carrington Grove hasta que se marche la familia ni confiará a un subordinado la apertura de la casa aquí. Mencioné que iba a quedarme en casa de Grillon hasta la llegada de los míos y un compañero oficial cuyo regimiento sigue todavía en París me ofreció usar sus aposentos en el Albany.

—¿Te quedarás en Londres hasta que llegue la familia? —preguntó Aubrey cuando subían al carruaje.

—Me quedaré sólo el tiempo suficiente para vender unas cosas, comprar ropa nueva y consultar con nuestros abogados y después me iré a respirar el aire del campo y dejarme mimar por mi madre y por Dorothy.

—Si es que tienen tiempo para ti —Aubrey hizo señas al cochero de que se pusiera en marcha—. Cuando presentaron a mi hermana en sociedad hubo tantos preparativos que daba la impresión de que iban a armar a un ejército. Volverás con ellas para la temporada, ¿no?

—Sí, en cuanto arregle la siembra de primavera con Ericson. Le prometí a Dorrie que la llevaría a fiestas, le presentaría a los compañeros del ejército que estén por aquí y me encargaría de que sólo la visitaran solteros de oro. Lo cual te deja a ti fuera —añadió Jack con una sonrisa.

—De todos modos no se fijaría en mí. Nos conocemos desde niños —replicó Aubrey—. Además, no tengo deseos de atarme todavía.

—Pues como yo tengo que acompañarla a las galas de la buena sociedad, pienso tener los ojos bien abiertos. Puede que encuentre una belleza que me convenza para echar raíces.

Aubrey soltó una risita de incredulidad.

—Lo digo en serio —siguió Jack—. Cuando sales ileso de un infierno de fuego de mosquetes y artillería, empiezas a pensar en tu propia mortalidad. Quizá sea hora de que cumpla con mi deber de casarme.

Aubrey lo miró sorprendido.

—Me parece que hablas en serio. Gracias a Dios, yo soy el hijo menor y no tengo el deber de procrear, por lo menos de un modo legítimo.

—¿Y qué actividad ilegítima es la que vamos a ver esta mañana? Debe de ser importante para sacarte de la cama a estas horas. ¿O no te has acostado todavía?

—He dormido unas horas —repuso Aubrey—. Un hombre tiene que estar despejado para esto.

—¿Y qué es esto exactamente?

—Ya lo verás por ti mismo.

Jack hubo de contentarse con eso. Durante el resto del trayecto, Aubrey se negó a revelar nada más. Jack, curioso y un poco enojado, se alegró cuando el carruaje paró por fin delante de una casa modesta en Soho Square.

Siguieron a varios caballeros más por las escaleras hasta el piso principal, donde Aubrey, después de echar unas monedas en una caja colocada junto a la puerta, lo guió a lo que parecía un salón de baile reconvertido. En la zona cercana a la entrada había grupos de caballeros; más allá de ellos había también una hilera de sillas, todas ocupadas.

—¡Sabía que llegábamos muy tarde! —gruñó Aubrey—. Ahora tendremos que quedarnos de pie.

Después de observar a la multitud, se abrió paso a codazos hasta un lugar en la pared izquierda.

—Tendremos que conformarnos con esto. Ah, ya empiezan. ¿No es magnífico?

En el silencio repentino que se produjo, Jack oyó el choque del acero. Volvió su atención al centro del salón y vio frente a ellos a un hombre mayor ataviado con pantalón y en mangas de camisa. Su oponente, colocado en guardia de espaldas a ellos, parecía sólo un muchacho. Pero antes de que Jack pudiera formarse una impresión mejor, el joven pasó al ataque.

Aunque el más mayor, que claramente era su maestro, era más alto y pesado, el joven estudiante parecía estar ya a su altura. Las hojas lanzaban chispas a medida que el joven atacaba y contraatacaba, compensando la ventaja en tamaño y experiencia del maestro con una agilidad y una audacia superiores y cambios arriesgados de dirección que le permitían hacer retroceder al otro poco a poco.

Jack había olvidado su disgusto por la lucha y seguía con atención el juego de las espadas. Cuando, después de parar un ataque que pretendía hacerle perder el equilibrio, el joven contraatacó con un golpe tan veloz e inesperado que Jack apenas si vio moverse la espada, se unió a los rugidos de aprobación que lanzó la galería cuando la espada del maestro salió volando por los aires.

—¡Brillante! —dijo a Aubrey, cuando el alumno se adelantaba a recoger la espada caída—. ¿Cuánto tiempo lleva...?

El muchacho se desató la máscara y se volvió hacia ellos y Jack se interrumpió en mitad de la frase. El alumno, que caminaba hacia ellos con la espada del maestro en la mano, no era un muchacho, sino una chica.

Una mujer, mejor dicho. Jack miró con aprobación las curvas que se insinuaban debajo de la camisa y los

pantalones. ¿Cómo podía haberla tomado por un chico con aquellas caderas redondas y la curva deliciosa del trasero?

Y su rostro... Jack contuvo literalmente el aliento cuando sus ojos se posaron en lo que debía ser una de las maravillas de la creación de Dios Todopoderoso. La forma era un óvalo perfecto y tenía la piel luminosa de una perla de China. Unos ojos azules profundos iluminaban su continente. Aunque sus labios anchos de color rosa no sonreían y llevaba el pelo rubio sujeto firmemente atrás y recogido en una coleta, era sin duda la mujer más hermosa que había visto jamás.

La risita de Aubrey lo sacó de su contemplación.

—¿No te lo había dicho?

Jack, que comprendió por el regocijo de su amigo que debía tener la boca abierta, la cerró de golpe.

—¿Quién es?

—Lady Belle. O, por lo menos, así la llama la buena sociedad, siguiendo el ejemplo de su protector, lord Bellingham.

—¿Una actriz?

—No, una cortesana. Y desde que murió Bellingham el mes pasado, es la mujer más solicitada de Londres. Todos los caballeros sin compromiso de la ciudad le han pedido que acepte su oferta, aunque lord Rupert — Aubrey señaló a un hombre alto y delgado vestido de negro y con expresión tan sombría como su garbo — tiene el empeño de superar a todos los pretendientes. Se rumorea que una vez ofreció a Bellingham dos mil guineas para que dejara en libertad a Belle y que duplicó su oferta a la dama en privado, aunque ella no dejó a Bellingham, por lo que puede que todo sea cuento. He pensado que quizá querrías entrar en la carrera.

—¿Con un precio de partida de cuatro mil guineas?
—Jack se echó a reír—. Yo no tengo tanto dinero. Ella es espectacular, sí, pero no puedo permitírmela.

—Si es cierto que ha rechazado a Rupert en varias ocasiones, puede que busque algo más que dinero. Tú eres un hombre muy atractivo y un héroe de guerra. Puede que tengas posibilidades. Y si tienes éxito, a lo mejor le permites a tu mejor amigo que se postre a sus pies de vez en cuando.

Algo en el tono de voz de Aubrey hizo que Jack lo mirara a los ojos.

—¿Le has entregado tu corazón?

Su amigo suspiró.

—A mí no me miraría dos veces, soy un hijo menor de aspecto modesto y poca fortuna. Pero espera... aún no has oído lo más divertido. Cuando Wroxham descubrió que ella daba clases de esgrima con pantalones, la noticia se extendió rápidamente por toda la sociedad y los caballeros empezaron a venir a mirar. Ella le dijo a Armaldi que cobrara entrada, supongo que con la esperanza de desalentarnos, pero eso sólo ha conseguido aumentar la expectación.

—Si gana dinero suficiente con esto, puede que no necesite un nuevo protector.

—Oh, no se lo queda ella, se lo da a Armaldi para reembolsarle las molestias de tener a tanta gente encima. Pero Ansley, un joven que la persigue sin tregua desde la temporada pasada, le dijo que sus admiradores se merecían un premio por su devoción y consiguió que ella aceptara batirse con un caballero después de su clase. El que le gane, se lleva un beso.

Jack se fijó entonces en varios jóvenes que hablaban con el maestro de esgrima y empezaban a levantar

la voz en un esfuerzo por intentar convencerlo cada uno en su beneficio.

Mientras continuaba la disputa, lady Belle se mantenía impertérrita, con la punta de su espada descansando en el suelo. Jack volvió a mirarla detenidamente, cosa que no hizo sino aumentar su admiración primera. Ciertamente, su aspecto rozaba la perfección, como si el más dotado de los escultores griegos hubiera tallado la imagen de una diosa y le hubiera después insuflado vida. Aunque la ropa escandalosa de hombre que llevaba le quedaba ancha, la amplitud de sus curvas resultaba innegable.

Se descubrió imaginándola con una túnica clásica, con los brazos y los dedos de los pies desnudos y la tela fina revelando, más que ocultando, la forma de los pechos y los muslos. El deseo tensó su cuerpo y subió en una nube de calor hasta oprimir su garganta.

Se obligó a apartar la vista. Lo último que necesitaba era caer bajo el hechizo de esa cortesana, que seguramente tenía exigencias tan ilimitadas como su belleza y poseía un corazón tan cálido como el mármol que usaban los escultores griegos.

—No parece preocupada —dijo, con voz más afilada de lo que era su intención—. ¿La ha vencido ya alguien?

—Todavía no. Pero eso no impide que luchen los hombres por la oportunidad de intentarlo. Vamos, ya empieza.

En aquel momento, el maestro de esgrima señaló a uno de los hombres con un pulgar imperioso. Los otros murmuraron palabras de decepción, pero se retiraron.

Los espadachines ocuparon sus puestos. Lady

Belle desarmó y tiró al suelo a su contrincante en unos momentos, con mucha más facilidad y definitivamente más desdén del que había mostrado contra su maestro.

Levantó la vista de su oponente derrotado con rostro inexpresivo y observó a la multitud con sus ojos azules. Por casualidad, su mirada se cruzó con la de Jack. Y la sostuvo.

La fuerza del encuentro visual envió vibraciones a través del cuerpo de Jack e hizo que se le erizaran los pelos de la nuca. Los dos se miraron un momento largo, hasta que ella apartó la vista bruscamente.

Sin hacer caso de las voces que la llamaban, rodeó la figura de su contrincante vencido, saludó con una reverencia al maestro de esgrima y salió de la estancia.

Belle reprimió un escalofrío y se obligó a caminar con calma y con pasos uniformes hasta la puerta. El oficial alto y delgado de uniforme escarlata que había atraído su mirada era un hombre atrevido. No lo conocía, lo que implicaba que debía de haber llegado a Londres hacía poco.

Seguramente otro caballero aburrido más que intentaba distraerse presenciando el último espectáculo. ¡Condenación! ¡Cómo deseaba que aquellos inútiles la dejaran en paz!

Había rehusado ya una docena de veces a lord Rupert y rechazado un montón de ofertas más hechas en términos muy claros. ¿Cómo podía hacer que entendieran que no tenía intención de aceptar a ninguno de ellos?

Por fin era libre. ¡Libre! Aunque había pasado ya un mes, esa palabra todavía hacía que se le elevara el espíritu. Después de más de seis años largos, doloro-

sos y humillantes, los restos de lo que quedaba de su vida ya sólo le pertenecían a ella. Aunque todavía no tuviera claro lo que pensaba hacer con ella, aparte de seguir entrenándose para no volver a estar nunca más a merced de un hombre.

Su compañera, Mae, una mujer más mayor, regordeta, de rizos rubios apagados, ojos azules vivos y un vestido cuyo corte bajo escandaloso proclamaba a las claras su profesión anterior, la esperaba en la antecámara para ayudarla a cambiarse.

—¿Una buena lección? —preguntó.

—Sí —repuso Belle, mientras se iba quitando la ropa de hombre—. Armaldi me ha sugerido un cambio en la postura que ha mejorado mucho mi ataque.

—Creo que has acabado pronto con tu oponente —comentó Mae cuando le tendía el vestido—. ¿Quién era hoy?

—Wexcley. Lucha como una calabaza. Muñecas de madera, mala forma física, no tiene ni idea de estrategia... Por suerte para la seguridad de Inglaterra, nunca ha estado en el ejército.

El comentario le hizo acordarse del capitán de ojos oscuros y algo le oprimió el pecho.

—Oh, casi lo olvido —Mae sacó una nota sellada de su bolso—. Un muchacho ha traído esto para ti.

Mientras Mae le abrochaba los botones de la espalda del vestido, Belle leyó la misiva.

—Es de Smithers, mi abogado, para que vaya a verlo cuando pueda —frunció el ceño—. Supongo que puedo pasar de camino a casa.

—¿Tú qué crees que quiere? —preguntó Mae con cierta ansiedad—. Es el que se ocupa de tus finanzas, ¿no? Espero... espero que no suceda nada malo.

—No tienes de qué preocuparte. Revisé mis cuentas con él el mes pasado y las inversiones van bien.

—¡Qué lista eres! Seguro que tienes razón. ¡Fondos e inversiones! —la mujer movió la cabeza—. En mi época comprábamos joyas, vestidos y carruajes. ¿Seguro que no sería mejor aceptar otra oferta? ¡Has tenido tantas este mes! Y algunos de los caballeros son encantadores.

Belle, que ya había respondido a esa pregunta en numerosas ocasiones, tuvo que reprimirse para no contestar con dureza.

—Llevo años ahorrando hasta el último penique y pidiendo a Smithers que coloque los fondos en las inversiones más fiables. No se nos terminará el dinero y la casa y los muebles están escriturados a mi nombre. No necesito otro protector.

—Ya sé que no fuiste muy feliz con lord Bellingham, pero seguro que puedes encontrar alguien que te guste más. No puedes decir en serio que pretendes vivir sin un hombre.

Belle empezaba a peder la paciencia.

—¿Por qué sigues empujándome a que tome un amante? Tú deberías saber bien lo poco fiables que son sus promesas.

—Oh, en mi juventud la inconstante era yo, que los dejaba a uno por otro en cuanto recibía una oferta mejor. Pero hacia el final... —suspiró Mae—. No debes culpar a Darlington por su falta de constancia. Yo me hacía mayor y es natural que los hombres prefieran a una mujer más joven.

Belle se arrepintió de su brusquedad.

—Perdóname —dijo—. Fue Darlington el que salió perdiendo, porque seguro que no encontró a

nadie que tuviera un carácter tan dulce como el tuyo ni un corazón tan generoso.

Mae le sonrió con ojos húmedos.

—Eres una chiquilla encantadora y no sé lo que habría hecho si no me hubieras aceptado cuando él se libró de mí. Yo no fui tan lista como tú y, cuando hubiera terminado de vender todas mis joyas...

—Tú eras la única mujer que me había tratado bien el primer año que me trajo Bellingham a la ciudad, cuando pensé que me iba a morir de soledad —y de vergüenza, pero eso no lo dijo—. Y desde entonces has sido una verdadera amiga. Además, ¿quién me aconsejó que aceptara todos los regalos que me diera Bellingham y los guardara para cuando los necesitara? Debemos nuestra riqueza de hoy a ese sabio consejo.

—Eres muy amable —repuso Mae—. Pero yo no sé distinguir entre un fondo y un fideicomiso, eso te lo puedo asegurar.

—Bien, basta ya. ¿Quieres parar por hielo mientras yo visito al abogado? Me harías un gran favor si te llevaras el carruaje de la puerta delantera mientras yo me escabullo tranquilamente por la parte de atrás. En cuanto he visto la multitud que había hoy, le he pedido a Meadows que llamara a un coche de punto. No quiero que me sigan.

—¿No quieres que pase a buscarte donde el abogado?

—No, porque dondequiera que va ahora mi carruaje, atrae moscones de lo más irritante. Además, con lo bien que te queda ese vestido nuevo, seguro que encuentras admiradores que te paran por el camino. Darlington se arrepentirá de su decisión.

—El rojo siempre me ha sentado bien y, aunque

esté mal que yo lo diga, he conservado mi figura. Antes los llamaban los pechos más magníficos de Londres —Mae se dio unas palmaditas en los amplios senos cuya parte superior asomaba por encima del corpiño del vestido escarlata—. Y teniendo en cuenta que Frederic me cambió a mí por esa chica de la ópera, la criatura más fría y soberbia que hayas visto nunca, no me costaría mucho creer que sí se ha arrepentido de su decisión.

Belle abrazó a su compañera.

—Yo estoy segura de ello. Vamos, vete y distrae a esos pesados.

—Tú, querida mía, tienes aspecto de cuáquera —Mae miró a Belle de arriba abajo—. Sigues siendo una belleza, sí, pero es un pecado que, con esa cara, te pongas un vestido gris feo sin cintas y sin nada de escote —movió la cabeza.

Belle se encogió de hombros.

—Ahora puedo vestirme para agradarme a mí.

Mae la miró pensativa.

—¿Y te complaces así? No quiero parecer pesada y seguro que me consideras una vieja tonta y romántica, pero no entiendo que puedas vivir sin un hombre en tu vida y con lo joven que eres. No es... no es natural.

Belle se acercó a la puerta con una sonrisa.

—Veo que no has escuchado a mis detractores. ¿No has oído que soy la mujer más antinatural de Inglaterra?

Dos

En cuando salió Mae, Belle se dirigió hacia la escalera de servicio. Mae, que disfrutaba de su papel, intercambiaría comentarios picantes con los caballeros que esperaban, disfrutaría con sus cumplidos y sin duda recibiría alguna moneda mezclada con discreción entre las notas que prometería entregar a su compañera. Cuando los hombres quisieran darse cuenta de que Belle no iba a salir por allí, ella ya estaría muy lejos.

Se ató el pañuelo que cubría su pelo dorado, se puso la capa y caminó hasta la puerta de atrás, donde la esperaba el coche de punto que había pedido. Mientras el vehículo la llevaba desde el Soho hasta la City, se preguntó qué podía ser tan importante como para que su abogado la llamara de aquel modo.

¿Habría encontrado problemas para cambiar los términos del fideicomiso de Kitty? Confiaba en que no fuera así.

Cuando caminaba hasta la puerta, los hombres no se fijaron en ella, cosa que le llamó la atención. Aunque vestía cada vez con más discreción y había sustituido el carruaje azul brillante de la época de Bellingham por otro negro, le costaba trabajo pasar

desapercibida y todavía le suponía un gran placer caminar por una calle de Mayfair y llamar tan poco la atención como cualquier otro londinense dedicado a sus asuntos.

A los pocos momentos de su llegada, el pasante del señor Smithers la hizo pasar al despacho del abogado, donde éste le dio las gracias por haber respondido tan pronto a su llamada.

Belle tomó asiento donde le indicaron.

—Espero que no vaya a informarme de que mis inversiones han sufrido algún contratiempo.

El abogado sonrió y negó con la cabeza.

—Al contrario. Tengo el placer de informarla de que es usted la beneficiaria principal en el testamento del difunto Richard Maxwell, vizconde de Bellingham. Por supuesto, la mansión familiar y la finca van a parar al primo que hereda el título, pero, aparte de unas cantidades modestas a su esposa y su hija, lord Bellingham le deja a usted todo lo demás, una cantidad en metálico todavía no calculada del todo, así como una mansión en Suffolk, una casa de caza en Lincolnshire y otra en Londres.

Belle lo miró sorprendida, incapaz de creer lo que acababa de oír.

—¡Pero tiene que haber un error!

—Es irregular, dado que usted no tenía vínculos de sangre ni legales con el difunto, pero es legal. Y no es un error. El abogado del difunto vizconde pasó ayer toda la tarde conmigo explicándome los detalles.

—¿Pero... por qué? —preguntó Belle, más para sí misma que otra cosa—. Sabía que, si le ocurría algo, yo tenía medios suficientes para mantenerme —arrugó la frente con perplejidad, intentando adivinar las razo-

nes de Bellingham—. ¿Cuánto ha dejado a su esposa y su hija?

—Doscientas libras a cada una. Y su fortuna en metálico y en inversiones rondará las veinte mil libras.

—¡Veinte mil...! —repitió Belle—. ¡Pero eso es terrible!

Belle se sentía cada vez más irritada a medida que la explicación de aquello se insinuaba en su mente. Se puso en pie y comenzó a pasear por la estancia, demasiado furiosa para hablar.

—Al parecer —dijo Smithers con calma—, lord Bellingham quería asegurarse de que usted tuviera medios suficientes. Ahora es una mujer extremadamente rica.

—Que, por lo tanto —repuso ella—, es mucho menos probable que tome otro protector que lo suplanté.

El señor Smithers no contestó y Belle recordó con claridad una escena del pasado. La de ella, enfadada y sintiéndose culpable al pensar en una hija de dieciséis años abandonada por su padre, amenazando con dejar a Bellingham si no honraba sus responsabilidades con su familia y volvía a residir con ellos al menos en apariencia. Y Bellingham replicándole que, si ella se marchaba, él abandonaría completamente a su familia para buscarla. Habían alcanzado una especie de punto muerto donde Bellingham se negaba a dejar de vivir con ella, pero accedía a visitar con más regularidad a su esposa e hija.

Y aquél era el último jaque de su difunto protector: una muestra permanente y legal de su desprecio por su esposa y su preferencia por ella, hecho de tal modo que no podía disputar con él ni rehusarlo.

Una vez más intentaba controlar su vida, convertirla en su propiedad y obligarla a bailar al son que él marcaba... incluso desde la tumba.

Ya podía imaginarse los cotilleos maliciosos que circularían entre la buena sociedad cuando se conocieran los términos del testamento.

La sensación de alivio que la había invadido desde la muerte de Bellingham desapareció y el pecho se le oprimió con el mismo peso de obligación forzosa que había soportado durante casi siete años.

Entonces se le ocurrió una solución. Quizá había un modo de evitar aquel jaque mate.

—¿La herencia es legalmente mía... fondos, propiedades... todo?

—Sí. En un esfuerzo por proteger a la viuda y la hija, los abogados de Bellingham han pasado varias semanas buscando el modo de eludir los términos del testamento, pero sin resultado. Es legal y la herencia es suya.

—¿Y puedo hacer con ella lo que quiera?

—Sí, aunque yo le recomendaría que, con una suma tan importante y con tantas propiedades, contrate a un agente que la ayude a administrarlas —Smithers la miró con curiosidad—. ¿Tiene algo en mente?

—Mis cuentas están en orden, ¿no? ¿Usted no ve ninguna dificultad para que pueda seguir viviendo bien toda mi vida?

El abogado inclinó la cabeza.

—Con sus cuentas, puede usted vivir cómodamente, pero no con el estilo de vida que le ofrece esta herencia.

—¿El fideicomiso de Kitty está cubierto hasta que se case?

—Sus finanzas están en el mismo estado que discutimos el mes pasado.

—Muy bien. En cuanto se valoren todas las inversiones y me trasladen la herencia, quiero establecer un fideicomiso nuevo.

El señor Smithers asintió.

—Sabia elección. Puede optar por dejar parte del dinero en depósito...

—Un fideicomiso —lo interrumpió ella— a beneficio de lady Bellingham y de la señorita Bellingham, con una parte adicional para la dote de la señorita Bellingham. Consulte los términos exactos con los abogados de la familia; sin duda ellos conocerán mejor sus necesidades. Y quiero vender todas las propiedades a sus herederos legítimos... al precio de un chelín cada una.

El abogado abrió mucho los ojos sorprendido.

—¿Está segura, lady Belle? Es una gran fortuna.

—Que debería haber ido a parar a su familia. Yo no la quiero ni es justo que la reciba —repuso ella—. No quiero que ese hombre me siga marcando —añadió con tono de desafío.

El señor Smithers sonrió con calor.

—Lo prepararé todo. Los abogados de la familia se quedarán muy sorprendidos... y también muy aliviados.

—No olvide cobrarles una buena factura —le recomendó Belle con una sonrisa, sintiendo ya la euforia de haberse quitado un gran peso de encima—. Envíe a buscarme cuando estén preparados los papeles. Y ahora, si no hay nada más...

La sonrisa del señor Smithers se hizo más amplia.

—Yo diría que heredar y regalar una fortuna debería ser bastante por un día.

—En ese caso, me marchó ya —repuso Belle, satisfecha de haber eludido la última trampa de Bellingham—. Quiero darle las gracias por su experiencia y sus consejos a lo largo de los años. Pocos hombres habrían aceptado a una... cliente tan poco recomendable. Le estoy muy agradecida.

El señor Smithers hizo una pequeña reverencia.

—Soy yo el que ha aprendido de usted, señora, que las apariencias engañan y que se puede encontrar honor en personas de todas las condiciones. Lo que va a hacer es muy noble.

—Lo que voy a hacer es sólo justo —replicó Belle—. Lo que me recuerda... Si la familia no conoce todavía los términos del testamento, prefiero que los detalles queden entre lo abogados de Bellingham y usted. Que su familia piense que el fideicomiso lo hizo lord Bellingham. Como debía haber hecho —añadió con brusquedad.

—Dada la... naturaleza sensible del donativo, estoy seguro de que los abogados del difunto vizconde estarán encantados de cumplir esa petición —Smithers se inclinó de nuevo ante ella—. Buenos días, lady Belle.

—Señor Smithers... —Belle hizo una reverencia y salió de la estancia sintiéndose una vez más en control de su destino.

Después de permanecer otro rato, a instancias de Aubrey, en casa del maestro de esgrima con la esperanza de ver de nuevo a la diosa de Aubrey, Jack estaba muerto de hambre cuando llegaron por fin a White's. Una vez que el carruaje de lady Belle desapareció, llevando sólo a la compañera de ésta, Jack paró

uno de los primeros coches de punto que aparecieron por allí y fue con su amigo al club, que encontraron casi desierto. Pidieron el desayuno y se sentaron.

—Y bien —preguntó Aubrey con una sonrisa—, ¿no te alegra que haya insistido en que me acompañaras?

Una visión de ojos azules y una mirada intensa invadió la mente de Jack.

—Sí, supongo que sí.

—¿Supones? —repitió Aubrey—. ¿Supones que te alegras de haber descubierto a la mujer más exquisita de Londres y posiblemente del mundo entero? ¡Condenación, Jack; te has convertido en un tipo muy raro!

—Siento ser tan aburrido —sonrió el interpelado—. Te concedo que lady Belle es todo lo que tú dices. Si me sintiera inclinado a regodearme en placeres carnales, y tuviera tantas guineas como para permitírmelo, tal vez me sintiera tentado a entrar en la lista. Pero ya te he dicho que quiero echar raíces.

Aubrey hizo un ruido de disgusto y puso los ojos en blanco.

Jack soltó una risita.

—Y aunque no fuera así, tengo que pensar en la temporada de Dorothy. Ella no me perdonaría nunca que la avergonzara en el año más importante de su vida corriendo detrás de una cortesana.

—Eso es cierto —musitó Aubrey—. Pero podrías ser discreto. Los hombres lo hacen todo el tiempo. Visitan a las damas en Almack's y luego pasan por Green Room para ver a sus actrices predilectas. Además, ¿por qué no la visitas para hacerle un favor a tu mejor y más leal amigo? No puedes convencerme de que te resulta indiferente porque no te creo.

Jack tomó un sorbo de cerveza. Era cierto que quería buscar esposa y que no podía permitirse competir por los favores de lady Belle. Sin embargo... su potente mirada azul lo atraía contra toda lógica, prudencia y sentido común.

—Supongo que no haría daño ir a verla —admitió.

Aubrey dejó su jarra sobre la mesa y soltó una risita victoriosa.

—Sabía que ningún hombre podría resistirse a ella.

—¿A lady Belle? —preguntó un caballero que acababa de entrar en la sala con un grupo de hombres—. Por supuesto que no. La has visto con la espada, ¿verdad? ¡Magnífica! Ha derrotado al pobre Wexley sin problemas.

—Jack, ya conoces a Montclare —dijo Aubrey cuando se levantaban para saludar a los recién llegados—. Farnsworth, Higgins, y el joven es Ansley, pero estaba tantos cursos por debajo de nosotros en Oxford que no creo que lo conozcas.

Después de intercambiar saludos, Aubrey dijo:

—Vamos, caballeros, ayudadme a brindar por el regreso de mi amigo sano y salvo.

—Será un placer —repuso Montclare—. Muchos de nuestros compañeros de Oxford no volvieron después de Waterloo.

Después de beber, Aubrey se dirigió a Montclare.

—¿Wexley vendrá por aquí o se habrá escondido en casa después de su desgraciada actuación?

—Oh, supongo que vendrá a ahogar sus penas. El pobre tonto pensaba de verdad que tenía una oportunidad de ganar un beso —sonrió Montclare.

—Tiene suerte de no haber acabado ensartado como un pavo de Navidad —observó Farnsworth.

—¿Usted no la había visto antes, Carrington? — preguntó Higgins.

—No, seguro que no —repuso Montclare por él—. Se fue al ejército en... 1808, ¿verdad, Jack?

—Sí. Tuve un permiso después de Coruña y otro entre Toulouse y Waterloo, pero pasé ese corto tiempo en Carrington Grove, no en Londres —confirmó Jack.

—Y si no recuerdo mal, Bellingham trajo a Belle a la ciudad en 1811 —dijo Farnsworth.

—En la primavera de 1811 —declaró Aubrey con reverencia—. El baile de Cyprian. Iba vestida de blanco virginal y era la criatura más hermosa que yo había contemplado nunca. Lo sigue siendo.

—Hermosa desde luego que sí, pero «virginal» no —rió Farnsworth—. Posee un corazón avaricioso tan duro como las guineas con cuyo brillo rivaliza ese pelo suyo dorado.

—Eso lo dices porque acaba de rechazar tu oferta —repuso Ansley con calor—. Es tan buena como encantadora. Como sé que nunca podría permitirme poseerla, cuando le supliqué que me dejara luchar con ella con la esperanza de ganar un beso, accedió enseguida.

—Seguramente porque sabía que no la vencerías —contestó Farnsworth—. Y es verdad que no podrías permitirte. ¡Hay que ver la fortuna que se gastó Bellingham con ella a lo largo de los años! Vestidos dignos de una reina, joyas tan impresionantes como las de la Corona, caballos, carruajes, una casa en la ciudad y otra en el campo —movió la cabeza—. Ese hombre estaba loco por ella.

—Cualquiera diría que debería haber estado más que contenta con el dinero y las atenciones que le

dedicaba —observó Montclare—. Y sin embargo, hace dos años consiguió convencerlo de que viviera abiertamente con ella. Es cierto que Bellingham no se llevaba bien con su esposa, pero no tendría que haber humillado a su familia de un modo tan público.

—No se puede esperar que a una criatura como Belle le importe conducirse con propiedad —respondió Higgins—. Además, todos hemos sentido la fuerza que mantuvo a Bellingham a su lado tantos años. Habéis oído lo de aquel episodio en Vauxhall, ¿verdad? —añadió con una mirada lasciva.

En ese momento llegó el camarero con pedidos, lo que hizo que se detuviera la conversación y dio a Jack tiempo para reflexionar.

Aunque sabía que no podía dar credibilidad a los cotilleos de la gente, sentía una decepción irracional al imaginar a Belle tal y como la describía Farnsworth. Pero antes de que pudiera seguir reflexionando sobre eso, su mirada se posó en una persona que se acercaba y se levantó con una sonrisa.

—¡Edmund! ¡Cómo me alegro de verte!

Edmund, lord Darnley, uno de los mejores amigos de Jack de Eton y Oxford, le tendió la mano.

—Jack. Alabado sea Dios; es un placer tenerte en casa.

—¡Ah, Darnley, qué encuentro tan magnífico te has perdido esta mañana! —exclamó Montclare—. Después de desarmar a Armaldi, cosa nada fácil por cierto, Belle ha tumbado al pobre Wexley en el suelo antes de lo que tarda un gato en lamerse la pata. Por cierto, ¿dónde estabas?

—Aunque vosotros no tenéis nada mejor que hacer que ver cómo se pone Wexley en ridículo, algunos tra-

bajamos —sonrió Darnley, que tomó la silla que le tendía Aubrey.

—¡Trabajo... bah! —Higgins hizo un gesto desdeñoso con la mano—. Desde que lord Riverton lo nombró su ayudante en el Gabinete, presume tanto como si fuera tan importante para el Gobierno como Wellington.

—La envidia de los indolentes e incompetentes —rió Edmund. Guiñó un ojo a Jack.

—No le hagáis caso —intervino Farnsworth—. ¿Nos ibas a hablar de lady Belle y Vauxhall?

A Higgins le brillaron los ojos.

—Ah, sí. No lo olvidaré nunca, aunque fue hace casi cuatro años. Un grupo de nosotros fuimos a los jardines y vimos a Bellingham con Belle y unos amigos, todos bastante bebidos. Belle llevaba un vestido de un tejido muy fino con un escote tan bajo que casi dejaba al descubierto los pechos enteros. Y de hecho, Bellingham dijo que prefería saborearla a ella, porque las fresas de sus pezones eran mucho más dulces que ninguna de las que podía ofrecer Vauxhall.

Para entonces, todas las demás personas presentes en el club habían guardado silencio y estaban pendientes de las palabras de Higgins.

—Bellingham se inclinó sobre Belle y, con hombres y mujeres de toda condición social a pocas yardas de distancia, empezó a succionarle los pechos a través del vestido.

Hubo un coro de respingos y exclamaciones.

—Cuando terminó —continuó Higgins—, el corpiño del vestido estaba completamente transparente, lo que nos permitía a todos ver bien esas fresas y descubrir lo dignas que eran de ser chupadas. Pero antes de que hubiéramos podido contemplarlas a placer, Belle

sugirió un paseo. Yo estaba seguro de que Bellingham querría llevársela por uno de los caminos oscuros y terminar lo que había empezado, pero él nos invitó a un grupo a acompañarlo y nosotros, que no podíamos imaginar lo que ocurriría a continuación, aceptamos.

Jack estaba escandalizado por la idea de que un acto tan íntimo se hiciera en público, a la vista de hombres y mujeres decentes, pero le avergonzaba admitir que se sentía tan atraído como asqueado por la historia. Un hombre de honor se alejaría de allí y no querría oír más. Intentó convencerse de que debía hacer justamente eso... pero sus piernas no parecían obedecer a su cerebro.

—Bellingham se dirigió a uno de los caminos más oscuros —prosiguió Higgins—, y anunció que sentía la necesidad de soltar parte del vino que había bebido. Cuando terminó esa tarea, en vez de guardar su estandarte, que, como pueden imaginar, estaba ya más que a media asta, pidió a Belle que caminara con él. Le aconsejó que se agarrara a algo firme, le puso la mano alrededor de su pene y empezó a andar... con los dedos de ella acariciándolo a cada paso.

Higgins hizo una pausa para beber un trago y todo su público contuvo el aliento. Jack se ordenó levantarse y marcharse, pero sus extremidades siguieron desafiándolo.

—Cuando llegamos a su carruaje, Bellingham no era el único al que le costaba respirar. En cuanto el lacayo abrió la puerta, Bellingham la lanzó de espaldas sobre el asiento y, con todos nosotros, incluido el lacayo, todavía mirando, le levantó las faldas hasta la cintura y le separó las piernas. Nunca olvidaré esa visión de muslos blancos cremosos y labios rosas en

un nido de rizos dorados. Bellingham le sacó los pechos del vestido y la montó. El lacayo, demasiado pasmado para moverse supongo, no cerró la puerta del carruaje, por lo que lo vimos todo. Los ojos vidriosos y la boca abierta de Belle cuando Bellingham la montaba... sus pechos desnudos saltando... Debo admitir que el lacayo no fue el único mirón que descargó su arma esa noche —Higgins exhaló con fuerza—. Fue la experiencia más erótica de mi vida.

En medio de los gemidos, suspiros y comentarios de lo caballeros reunidos, Jack oyó murmurar a Ansley:

—No me lo creo.

Aunque con el cinismo de la edad, él comprendía que lo fundamental de la historia, si no todos los detalles, probablemente era cierto, simpatizó con la negativa del muchacho a aceptar que la hermosa criatura a la que adoraba hubiera podido participar en un episodio tan crudo y tan carnal. Antes de que Jack pudiera decidir si se sentía más asqueado con Higgins por contar la historia o consigo mismo por escucharla, entró otro hombre en la sala.

—¡Ah... lord Rupert! —exclamó Higgins, haciendo señas al recién llegado—. Él también fue testigo de lo que acabo de describir. De hecho, milord se vio tan atraído por lo que vio y oyó aquella noche que está loco por la chica desde entonces, ¿eh, Wendell?

Lord Rupert no le hizo caso y se acercó andando con calma. Higgins se volvió de nuevo al grupo.

—Después de eso, Bellingham la sacó un tiempo de la ciudad, algunos creen que porque temía que Rupert intentara quitársela. Aunque, dadas las sumas que supuestamente le ha ofrecido y ella ha rechazado

—dijo Higgins, dirigiéndose al barón—, no parece que ella quiera tener nada que ver con usted.

—Si Bellingham viviera todavía —dijo Rupert, posando una mirada helada en Higgins—, no habrías osado contar esa historia, miserable lombriz—. Tú y todos los demás juramos guardar silencio.

El rostro de Higgins se sonrojó.

—Pero eso era sólo...

—Creo que, en honor a su memoria, debería encargarme yo de ti en su lugar —lo interrumpió Rupert—. Quizá sería más... sano que salieras de la ciudad.

Higgins palideció bajo el escrutinio del otro. Después de un momento de vacilación, se levantó y salió de la sala.

—En cuanto a la encantadora lady Belle —prosiguió Rupert con tanta calma como si no hubiera pasado nada—, tengo muchas esperanzas de que al final acabará aceptándome. No se equivoquen... antes o después será mía.

—Pero todavía no es suya —comentó Ansley—. Y todos tenemos derecho a dirigirnos a ella.

—¿Todos? —Rupert soltó una carcajada—. Yo no contaría con que tú puedas ganar ni un beso, joven cachorro. Se necesitaría un espadachín mucho más habilidoso de lo que es probable que tú llegues a ser nunca.

—Me atrevo a decir que Carrington podría hacerlo —intervino Aubrey. Ha sido el mejor espadachín de todos nosotros desde Eton.

—Es cierto —asintió Montclare—. ¿Qué dices, Jack? ¿Lo vas a intentar?

Jack sabía que debía poner fin inmediatamente a la discusión. Después de todo, la historia sórdida de

Higgins debería haberlo impulsado a no querer tener nada más que ver con una mujer que se había dejado exhibir de un modo más crudo que la prostituta más barata de Seven Dials.

Pero no podía reconciliar aquella visión ofensiva con la mirada fiera e intensa de la mujer que había desarmado a su maestro de esgrima, derribado a su siguiente contrincante y salido de la sala sin molestarse en responder a ninguna de las ofertas lanzadas por una galería de suplicantes impacientes.

Lasciva. Avariciosa. Una mujer de buen corazón. ¿Cuál de esas descripciones reflejaba a la auténtica lady Belle?

—Claro que lo hará. ¿Verdad? —preguntó Aubrey.

Sin haber tomado una decisión consciente, Jack se oyó responder:

—Supongo.

—¡Genial! —exclamó Aubrey—. Ese beso ya está ganado.

Jack se echó a reír, pero antes de que pudiera contestar, sintió un cosquilleo en la nuca que a menudo, durante sus años como soldado, había sido un presagio de peligro. Se volvió y vio la mirada de lord Rupert fija en él.

—Puede que gane un beso —admitió éste después de observarlo bien—. Pero jamás podría llevarse a Belle a la cama.

—¿Eso es una amenaza? —quiso saber Aubrey.

—No, es más bien un desafío —opinó Montclare.

—¡Claro que no, es una apuesta! —gritó otro hombre.

—Sí que lo es —asintieron otros.

Y antes de que Jack pudiera decir nada, varias

voces pidieron a un camarero que llevara el libro de apuestas.

Aunque Jack no tenía ningún interés en nada que fuera más allá de un encuentro de esgrima, los demás hombres, después de informarle de que su participación era innecesaria, anotaron la apuesta.

Hecho eso, Rupert se alejó después de despedirse de Jack con una inclinación de cabeza. Los demás empezaron a dispersarse. Jack declinó la invitación de Aubrey de jugar al whist y aceptó la oferta de Edmund de llevarlo a sus aposentos.

Después de recorrer varias calles en silencio en el faetón de Edmund, éste se volvió hacia Jack.

—¿De verdad vas a desafiar a lady Belle?

—Puede ser interesante. Es muy proficiente, muchísimo para ser mujer —Jack vaciló—. ¿Qué piensas tú de ella?

—¿Si creo que tomó parte en la historia de Higgins o si opino que la historia es una exageración de borracho de un incidente más inocente?

Jack se encogió de hombros.

—La narración ha sido un poco... cruda.

—Me temo que desconozco la verdad. Lady Belle parece poseer demasiada... dignidad para participar en algo así. Pero sea como sea, dudo que eso tenga nada que ver con su destreza con la espada.

—Supongo que no.

—Si quieres hacerte una idea mejor de ella, puedes ir esta noche por Drury Lane. Lady Belle tiene un palco allí. ¿Cuándo piensas retarla?

—Aubrey me ha comprometido para mañana.

Habían llegado al Albany y Edmund tiró de las riendas.

—En ese caso, no iré al despacho hasta después del encuentro. Te deseo mucha suerte.

—Gracias —Jack estrechó la mano a su amigo—. Por el viaje y por la opinión.

Edmund asintió con la cabeza.

—Drury Lane, parte superior derecha. Esta noche tengo que trabajar, si no te acompañaría. En cualquier caso, espero que ese bastardo escurridizo de Rupert no acabe con ella.

Se alejó y Jack lo observó un momento y a continuación subió las escaleras con decisión. Tenía que ordenar sus habitaciones, consultar con su abogado, contratar un ayuda de cámara, encargarse de ropa nueva y visitar el Regimiento de Caballería.

Y no quería llegar tarde al teatro.

Tres

Belle, que cuestionaba ya que hubiera sido buena idea dejarse convencer por Mae para asistir al teatro, pidió a su compañera que saliera delante del carruaje. Mae, ataviada con un vestido púrpura brillante muy escotado y con la capa abierta para mostrar sus famosos atributos, empezó a abrir paso entre la multitud como hace la proa de una fragata en el agua del mar.

Por suerte, ella distraería a algunos de los mirones, y apreciaba ese tipo de atenciones tanto como las despreciaba Belle. Pero si quería que la muerte de Bellingham fuera una liberación, no podía esconderse detrás de los muros de su casa en Mount Street ni era justo seguir privando a Mae de las diversiones de Londres de las que tanto disfrutaba.

Además, Kean interpretaba esa noche uno de sus mejores papeles y, ahora que Belle no dependía de nadie, podía cerrar la puerta de su palco y concentrarse sólo en lo que ocurría en el escenario.

Cerró los oídos y la mente a los gritos y silbidos que habían empezado en cuanto la gente reconoció su carruaje y siguió a Mae al interior del teatro. Su empaque de reina y su dignidad fría, reforzadas por la pre-

sencia a su lado de Watson, antiguo gorila en el burdel donde había trabajado Mae y ahora guardaespaldas y mayordomo de Belle, servían para evitar que los curiosos se acercaran demasiado.

Poco tiempo después, tomaba asiento al lado de Mae, con Watson guardando la puerta detrás de ellas. Mae miraba con avidez a su alrededor, movía el abanico y saludaba con la cabeza y sonreía a las personas que las saludaban.

Estaba tan en su elemento que Belle no pudo evitar sonreír. No iba a ser fácil embarcarse en una vida más retirada con Mae a su lado, cuya presencia anunciaba claramente a la gente la profesión más antigua del mundo. Aunque su compañera había conseguido conservar, sorprendentemente, un placer infantil por el mundo y una naturaleza tan transparente como el agua clara de primavera, no se podía negar que Mae Woods, una hija de prostituta que había seguido los pasos de su madre a los doce años, era increíblemente vulgar.

Aun así, esa cortesana mayor había sido como una madre para Belle en sus peores horas y no podía imaginarse apartándola de su lado; además, Mae no tenía otro sitio a donde ir.

Una disminución en el nivel de ruido indicó que la obra iba a comenzar, pero cuando Belle trasladaba su atención al escenario, su mirada se vio atraída por el brillo de los botones dorados de una casaca roja y miró el rostro bronceado por el sol del soldado de ojos oscuros que la había observado esa mañana.

También la miraba ahora, y con tal intensidad, que a ella le cosquilleó la piel y sintió una opresión en el estómago. Reprimió un respingo, sorprendida por la fuerza de aquel contacto sin palabras. Y como si

supiera el efecto que le causaba, el soldado sonrió al saludarla con una inclinación de cabeza.

Belle, sonrojada, apartó la vista sin responder al saludo. Mae, siempre atenta, se inclinó a susurrarle:

—¿Quién era ése?

—No tengo ni idea —Belle se llevó una mano al estómago para acallar el aleteo que sentía allí y clavó la vista en el actor que entraba en ese momento en el escenario.

Con Kean en una forma excelente, el elenco de apoyo también muy bueno y la obra estimulante, no debería haberle costado mucho dejarse absorber por el mundo que creaban los actores. Pero descubrió con irritación que el oficial de la casaca roja estaba sentado en la periferia de su visión y no podía evitar mirarlo por el rabillo del ojo mientras seguía lo que ocurría en el escenario.

Peor aún, aunque no lo miraba directamente para confirmarlo, sentía la mirada de él clavada en ella, lo cual anulaba aún más su concentración. Cuando llegó el descanso, se sentía irritada, nerviosa y con ganas de irse a su casa.

Cuando el público empezó a levantarse, se volvió hacia Watson.

—Recuerda que no recibo a nadie.

Mae le puso una mano en el brazo.

—Por favor, Belle. Lord Mannington y Sidmouth acaban de saludarnos. ¿No podemos dejarlos entrar? —en voz baja añadió—: Darlington está con unos caballeros en el palco de enfrente y no quiero que me vea aquí sola.

Belle capituló con un suspiro.

—Claro que puedes recibir a tus amigos.

—Gracias —sonrió Mae.